







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

*En orden de estatura*

© Del texto: 2007, Ricardo Silva Romero

c/o Indent Literary Agency

www.indentagency.com

© De las ilustraciones: 2014, Agustín Comotto

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-16-2

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín Ltda.

Primera edición en Alfaguara Infantil Colombia: agosto de 2014

Primera edición en Loqueleo Colombia: marzo de 2016

Primera reimpresión en Loqueleo Colombia: diciembre de 2016

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# En orden de estatura

Ricardo Silva Romero



loqueleq



*Para Cristina*



“Mamá: a veces pienso que todo el mundo,  
menos yo, está completamente loco”.

*La pequeña Lulú*



Uno se toca la frente. Después se toca las manos. 11  
Y si la frente está hirviendo, y las manos están heladas, seguro van a decirle que lo mejor es que no vaya al colegio. Porque tiene fiebre. No hay nada por hacer. Los brazos se le llenan de un frío tan frío que parece una marcha de piedritas de hielo. Las palabras graves se le vuelven esdrújulas por culpa del termómetro bajo la lengua. La cabeza se le va de viaje a otro clima, 40 grados centígrados, sin pedirles permiso a ninguna de las personas a las que hay que pedirles permiso. Y todos se escapan a donde se escapan de lunes a viernes, al trabajo, a la dentistería, a los sitios en los que sí ocurren las cosas, y a uno se le pasa la mañana envuelto en una cobija que no alcanza a taparle los pies.

12 Pero un momento. Las cosas siempre pueden salir de otra manera. No olvidemos la historia de aquel niño viejo, Leopoldo, que un día de fiebre tuvo que levantarse de la cama porque sintió que el fantasma de su abuela le decía “Leopoldo: tengo que decirte una cosa” con la misma voz con la que solía decirle “Leopoldo: creo que me estoy volviendo todavía más vieja”.

Por supuesto, que un fantasma susurre palabras inútiles no tiene nada de raro. Nadie está diciendo eso. Sólo un idiota se pondría en contra de los hábitos inofensivos de los muertos. El problema era, aquella vez, que la abuela de Leopoldo estaba viva. O eso era, al menos, lo que él creía.

Así fue. Sucedió un lunes a las 9:39 de la mañana. Leopoldo, que había amanecido con cara de enfermo, y había tenido que aceptar, a regañadientes, que no era un día para ir al colegio, estaba más o menos dormido en la cama gigantesca de sus papás. La hoguera, la neblina, el sudor helado de la fiebre no lo dejaban dormir en paz. Se decía “ya voy a estar mejor”, el pobre,

cuando se daba cuenta de que no era capaz de armar ninguna otra frase. Deliraba. La tabla del tres, tres por uno, tres por dos, tres por tres, se le venía a la cabeza como una lista de las cosas que habrá que hacer mañana. Y entonces, entre todas las voces que no lo dejaban en paz, tres por cuatro, tres por cinco, tres por seis, le pareció que la voz de su abuelita lo llamaba desde la cocina del apartamento.

13

Se levantó en busca de la anciana, que era su persona favorita en todo el mundo, y la vio pasar por ahí, hecha un fantasma, convertida en un chal sereno que se posaba en los muebles de la sala. Quiso seguirla, alcanzó a dar unos pasos hacia ella, pero se desmayó por el camino. Se fue contra el piso entapetado como un soldadito de plomo sin base, porque se dio cuenta de que la única manera de que su abuela tuviera un fantasma era que estuviera muerta. “Los vivos no se aparecen así, borrosos, polvorientos, porque para eso tienen el teléfono”, se dijo Leopoldo antes de irse al suelo.

Pero esta no es manera de comenzar una historia. No está bien hablar de los demás sin conocerlos.

14 Así que hubo alguna vez, en la Bogotá tan grande, tan fea, tan lluviosa de marzo de 1982, un niño viejo que andaba por los campos de su colegio con las manos detrás de la espalda. Se llamaba Leopoldo. Tenía siete años. Y los otros niños le decían así, “el niño viejo”, a veces le decían “el viejito”, porque sabía escribir con cualquiera de las dos manos, podía darles muy buenos consejos a los redondos profesores de gimnasia y terminaba las tareas muy rápido, sin ningún tropiezo, como si ya las hubiera hecho cuando era chiquito. Usaba gafas de señor. Era un niño cuerdo, nostálgico, prudente, que se amarraba bien los cordones de los zapatos. La gente guardaba un respetuoso silencio, un silencio atento, cuando él hablaba en clase. Todos, excepto él, celebraban sus pequeñas bromas. Las profesoras le daban la mano igual que a un doctor cuando se tropezaban con él en los recreos.

Y nadie le pedía que hiciera nada que le doliera, nada que no le gustara hacer, ni bailar joropo, ni jugar mímica, ni cantar en voz alta, ni hablar de su vida privada, porque sabían que él estaba dispuesto a todo salvo a verse frágil o ridículo enfrente de los otros.

Siempre llegaba al colegio a las 7:45 de la mañana. Caminaba hacia la casita de segundo de primaria, como un ejecutivo de afán, por el mismo camino sombreado de todos los días. Subía un par de escalones como si no estuviera ya para esos trotes. Entraba al salón a pesar de las miradas de la gente de los demás cursos. Dejaba el maletín de cuero que había sido del tío que había cuidado a su papá, el maletín con la A, la B y la C a punto de caerse, debajo del pupitre de lata que había marcado con sus iniciales. Ponía su saco de lana en el espaldar de la sillita de madera. Y se sentaba a hacer pequeñas caricaturas, a comentar los programas de televisión del día anterior y a saludar a los compañeros que le daban los buenos días, hasta que la profesora de matemáticas

15